

María Luisa CERDEÑO y Teresa SAGARDOY, *La Necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II-III*, Madrid, Ediciones de La Ergástula, 2016. 324 pp. ISBN 978-84-16242-18-4

La doctora Cerdeño, profesora titular de la Universidad Complutense de Madrid, lleva desarrollando una intensa actividad investigadora desde hace cuatro décadas, durante las cuales ha centrado sus trabajos en la arqueología protohistórica de la provincia de Guadalajara, lo cual le ha permitido aportar interesantes avances en esta materia a la vez que se ha preocupado en formar varias generaciones de investigadores, entre los que destaca Teresa Sagardoy con quien ha realizado el trabajo que vamos a analizar.

La necrópolis de Herrería es uno de los yacimientos más interesantes de la comarca de Molina de Aragón, territorio situado en el extremo oriental de la meseta, al pie del Sistema Ibérico, en un entorno estratégico pues se localiza entre dos unidades del relieve distintas (meseta y valle del Ebro) y en la divisoria de dos de las principales cuencas hidrográficas de la península ibérica: Ebro y Tajo. Aunque en la actualidad se trata de uno de los ámbitos más despoblados de nuestro país, durante los tiempos protohistóricos presentó un notable dinamismo, precisamente por su estratégica ubicación.

La arqueología funeraria presenta un especial atractivo al ofrecer, por lo general, un notable volumen de información que, al aparecer agrupada en contextos cerrados, permite alcanzar una caracterización bastante acertada de las sociedades analizadas. La necrópolis de Herrería fue descubierta en el año 1997 durante unos trabajos de prospección y las campañas de excavación sistemática de este ámbito funerario se prolongaron hasta el año 2005, lo que permitió actuar sobre una superficie de unos 800 metros cuadrados, aunque las autoras estiman que la superficie total de la necrópolis estaría en torno a los 1500 metros cuadrados. Los trabajos arqueológicos desarrollados han permitido diferenciar cinco fases culturales: las dos primeras, que son objeto del libro que comentamos, corresponderían al Bronce Final, Herrería III se fecharía en la I Edad del Hierro, Herrería IV en la II Edad del Hierro y finalmente habría una última fase, Herrería V, que estaría representada por varias inhumaciones de época tardorromana. Los niveles correspondientes a la Edad del Hierro (Herrería III y IV) ya fueron objeto de un trabajo anterior, realizado por las mismas autoras: Cerdeño, M.L. y Sagardoy, T. (2007), *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*.

Por lo tanto, este estudio supone el necesario complemento al trabajo publicado en el año 2007 y en este caso, aunque en las primeras páginas se realiza una breve introducción general, realmente se centra en los niveles más antiguos, correspondientes al Bronce Final, etapa que, al igual que sucede en otras zonas peninsulares, presenta una caracterización

insuficiente, por lo cual este trabajo supone una aportación extraordinaria para conocer los procesos históricos que tuvieron lugar en el tránsito del II al I milenio a. C. en las parameras de Molina de Aragón.

El Bronce Final es un período de la protohistoria que reviste un especial interés, pues se trata de una fase que podríamos denominar de transición, pero en la que se produjeron importantes novedades que progresivamente irían consolidándose hasta acabar por definir un contexto cultural diferente, que en el caso de la comarca de Molina de Aragón cristalizaría en el surgimiento de la cultura celtibérica. Como ya hemos comentado, esta etapa de transición, hasta fechas recientes, no ha contado en muchas áreas de la península ibérica con suficiente documentación como para abordar un estudio en profundidad que permitiese intentar una mínima caracterización cultural. En algunos territorios peninsulares esta realidad contrastaba con el óptimo conocimiento que se tenía de las fases inmediatamente anteriores y posteriores (Bronce Pleno y Edad del Hierro), por lo que, en ocasiones, para ocupar este vacío en la investigación se tendía a ampliar la cronología de los períodos previos y/o posteriores o, simplemente se hablaba de etapas oscuras, lo cual, en parte, era debido a una insuficiente investigación, a la carencia de fechas absolutas o a un manejo erróneo de ciertas dataciones basadas en cronologías cruzadas como apuntó Peter James en su obra *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo (1991)*.

Gracias a las aportaciones recogidas en esta obra de Cerdeño y Sagardoy estamos en condiciones de empezar a superar buena parte de las carencias comentadas, pues su estudio recoge un amplio elenco de análisis que tienen el valor añadido de haberse obtenido a partir de contextos bien definidos. De entrada, una de las primeras cuestiones que debe ser resaltada es la confirmación de la temprana llegada a este ámbito meseteño de las influencias de los denominados “Campos de Urnas”, pues las fechas calibradas obtenidas permiten situarlas entre los siglos XIV y XII a. C., es decir, en un momento más antiguo de lo inicialmente esperado y en un contexto cronológico muy similar al obtenido en el sur de Francia y nordeste peninsular.

Herrería I fue utilizada por unos grupos humanos, muy probablemente de origen foráneo, que implantaron en este territorio desde fechas tempranas, correspondientes al Bronce Final II, la costumbre de incinerar a los cadáveres, novedad en el ritual funerario que pocas décadas antes había empezado a generalizarse en Centroeuropa y que se expandió con rapidez hacia otras zonas del continente europeo. Desde la constitución de la arqueología como disciplina científica, los argumentos para intentar explicar los cambios culturales han oscilado entre conceder más importancia a los procesos de difusión o resaltar la evolución propia de las poblaciones autóctonas. Es evidente que para que una novedad tecnológica, cultural o ritual se difunda no es preciso que se produzcan grandes movimientos poblacionales, pues las ideas viajan más rápido que las personas. Durante un tiempo las explicaciones de base difusionista, en las que solían estar presente las ideas referidas al papel desempeñado por las invasiones o por fuertes movimientos de grupos poblacionales, primaron a la hora de explicar las transformaciones que se percibían en la cultura material. El extremismo de ciertas teorías como las corrientes hiperdifusionistas, que se guiaron por el principio de “*ex Oriente lux*”, provocaron una reacción que hizo prestar más interés al papel desempeñado por los grupos autóctonos en los cambios culturales.

En los últimos años se tiende a plantear posturas más matizadas, aunque el desarrollo de interesantes análisis, especialmente los basados en el estudio del ADN de restos óseos humanos, está demostrando la existencia de movimientos de población a lo largo de toda la prehistoria, sobre todo en momentos convulsos. Uno de estos momentos se pudo producir en buena parte del continente europeo y de la cuenca mediterránea a partir del siglo XIV

a. C., precisamente en la fase de transición del Bronce Pleno al Bronce Final. Sería erróneo intentar explicar esta compleja situación a partir de la incidencia de un solo motivo de hondo calado, por ello resulta más apropiado optar por una explicación multicausal como la aplicada por Eric H. Cline en su libro *1177 a.C. El año en que la civilización se derrumbó* (2015), donde analiza el proceso y las posibles causas (erupciones volcánicas, cambios climáticos...) que llevaron al colapso en el Mediterráneo Oriental, situación que provocaría la caída de civilizaciones como la micénica y que también acabaría afectando a buena parte del territorio europeo.

Probablemente es en este proceso de cambio donde debemos enmarcar la aparición y, sobre todo, la expansión de la novedad ritual representada por los Campos de Urnas, que en su movimiento hacia occidente acabarán traspasando los Pirineos hasta llegar al cuadrante nororiental de la península ibérica. Y es en este contexto donde en el capítulo 1 las autoras enmarcan e interpretan la temprana presencia de poblaciones incineradoras en Herrería I, posiblemente pequeños grupos procedentes del valle medio del Ebro que llegarían con una nueva concepción del rito funerario, aunque lo expresarían de una manera peculiar, ya que no introducirán los restos cremados dentro de un recipiente cerámico o urna (costumbre que da nombre a esta cultura centroeuropea) sino que estos eran introducidos directamente en una pequeña fosa excavada en el suelo.

La caracterización de la fase correspondiente a Herrería I se desarrolla a lo largo del capítulo 2, donde se analizan las 74 tumbas que se excavaron. En todas ellas el ritual empleado fue el de la cremación. Los otros dos elementos que permiten caracterizar las costumbres funerarias en esta etapa son: por un lado, que la inmensa mayoría de las tumbas no presentaban elementos de ajuar y que el 76 % de los enterramientos estaban señalizados por una estela de piedra caliza, la mayor parte de las cuales aparecieron *in situ*, clavadas sobre la fosa que contenía los restos cremados.

En el capítulo 3 se procede a analizar la fase correspondiente a Herrería II, en la que se aprecia un posible incremento demográfico, pues, aunque la superficie excavada tan sólo pasa de los 582 metros cuadrados a los 724 metros cuadrados, el número de tumbas documentadas es más del doble (196). Se sigue manteniendo la señalización de las tumbas, pero en esta etapa el sistema utilizado es diferente, ya que se emplean estructuras tumulares de piedra, que presentan diversas formas y tamaños y cuya misión, más allá de marcar la existencia de enterramientos, será la de proteger los restos del difunto a la par que crear un espacio ritual en torno al cual se disponen otras tumbas, probablemente vinculadas a través de lazos familiares o sociales. Aunque el ritual funerario predominante sigue siendo el incinerador, resulta muy interesante que en esta etapa aparecen algunas inhumaciones, convivencia ritual que para las autoras probablemente deba ser interpretada como la expresión de una convivencia entre las poblaciones autóctonas inhumadoras y las foráneas que aportan la cremación. Se detecta, además otra interesante novedad como es el notable incremento en el porcentaje de tumbas que presentan algún elemento de ajuar.

El estudio fundamental sobre las dataciones absolutas aparece en el capítulo 4, el análisis del paisaje funerario en el capítulo 5 y la descripción de la sociedad y la demografía en el capítulo 6. Cerdeño y Sagardoy con este trabajo realizan una extraordinaria aportación para lograr una definición más acertada de un interesante proceso de transformación económica, social y cultural en un territorio que, impulsado por ciertas influencias foráneas, inició desde fechas tempranas un proceso de cambio que acabaría dando lugar a la génesis de la cultura celtibérica, cuya línea de continuidad precisamente se expresa con claridad en las sucesivas fases identificadas en la necrópolis de Herrería. Estas autoras nos presentan un sobresaliente estudio, fundamentado en unos rigurosos trabajos arqueológicos, cuya

minuciosidad de refleja en las exhaustivas descripciones de cada tumba, lo cual nos permite acceder a una información detallada, que facilita a los investigadores interesados en esta cuestión una excepcional base documental para la realización de estudios comparativos.

El trabajo de Cerdeño y Sagardoy se encuentra perfectamente complementado con una intensa labor de colaboración interdisciplinar, que se pone de manifiesto en los interesantísimos análisis que protagonizan los anexos que acompañan al corpus principal del libro: estudios sobre las cremaciones, antropológicos, de fauna, polínicos, de madera, carpológicos, arqueoastronómicos y líticos. Por último, también merece ser destacado el amplio aparato gráfico que acompaña el texto, constituido tanto por fotografías como por dibujos, que conforman un elemento fundamental para la comprensión de un trabajo de estas características.

En definitiva, nos encontramos ante un estudio de notable calidad e interés, que, sin duda, se convertirá en un necesario referente para futuros trabajos que quieran abordar el atractivo fenómeno de los Campos de Urnas y arrojar más luz sobre esos “siglos cada vez menos oscuros”. Sería deseable que en breve la documentación aportada en esta obra, procedente de un contexto funerario, se vea complementada con información obtenida en poblados contemporáneos que ayuden a conocer y contextualizar mejor todo este trascendental período correspondiente al Bronce Final.

Francisco Javier MORALES HERVÁS
Universidad de Castilla-La Mancha
Fco.Morales@uclm.es